

# El rodeo: la epopeya del campo chileno

Estaba una vez presenciando un "Rodeo" que se efectuaba en la "Quinta Normal" de Santiago; un Rodeo con "Champion" y otras cosas, y al que habían concurrido los más renombrados centauros de Chile. Una muchedumbre inmensa marginaba el campo de la justa. Cadenas formaban las palabras; incendios, las pupilas femeninas; fiestas de color, los chamantos; suntuosos, los arreos de los competidores, y los caballos, magníficos. Del centro de esa alegría ilimitada surge pronto una voz discordante; un filete amargo hiere la gloria de la fiesta. La voz dice:

—¡Pena me dan estas corrias de ganao flaco que no sirven ni pa'l cuero!

Ubico al descontento. Es un campesino viejo que no se siente en fiesta, un "plón" de a caballo, un plón auténtico. Quiere un rodeo en plena montaña. Vestido de sus recuerdos, altivo el corazón valeroso, se cree en plena juven-

Por ANTONIO ACEVEDO H.

tud, entre chicuelas morenas como crepúsculos y sobre su caballo "mestro". En sus manos, el milagro del lazo; en su vida, el fulgor del triunfo. Mira la media luna; no ve las montañas ahoreadas por senderos rojos, con precipicios azules...

Recuerdas a su patrón, que a él siempre le pareció un rey. Y él, vestido como rico luciéndose en las más famosas medialunas, haciendo algunas veces pareja con su propio patrón, entre los aplausos semejantes a las mareas de la concurrencia enloquecida. Corriendo sobre los cerros animales montaraces, sin "pelo o marca", pieles multicolores, cuernos agudados... Ganado recién caído de la montaña, donde se criara enteramente libre, a toda leche. Ganado que no sospechaba que exis-

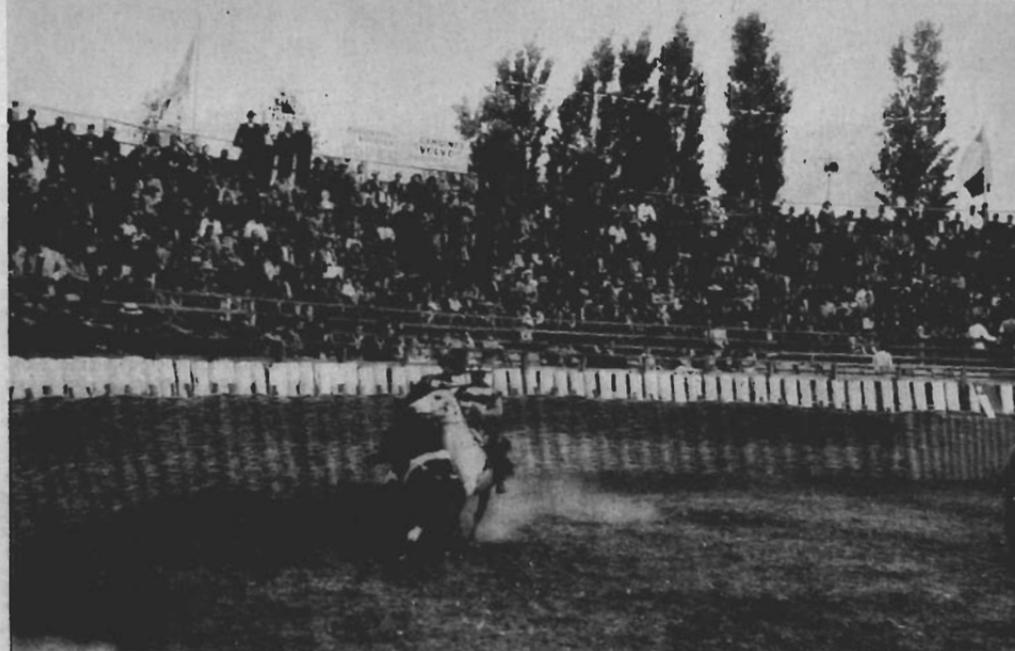
tieran los hombres, las marcas, la muerte en los mataderos ni la afrenta del Rodeo. Ganado que bajaba mugiendo, acometiendo a los vientos, y aún perfumado de selva. Como si continuara el curso de mis pensamientos, fija en mí sus ojos algo turbios, y deja caer sus palabras:

"Una vez en un Rodeo en "El Peralillo", regüeltos con el ganao bajaron tres "liones". ¡Aquéllos eran tiempos!

En realidad, razón tenía el campesino, pero no se daba cuenta de que la jornada de los rodeos no podía ser presentada en plena montaña y que el público ama la destreza de los jinetes y la belleza del color. La verdad es que esa gesta de destreza es la "Epopeya del Campo Chileno". La epopeya que ama el guaso por saber que a ella está ligado su destino de hombre integral. Quiero ahora interpretar mis recuerdos.

Por lo menos un mes antes del acontecimiento —que aconteci-





miento es—, toda la hacienda se prepara, moviéndose en todas direcciones en busca azarosa y fascinante, con el fin de reunir en su totalidad al ganado existente.

Peones a caballo por los planos y senderos viables; peones a pie, provistos de garrochas cortas, campean a las reses entre las marañas más intrincadas, pedreiros crueles, cavernas y arrugas de la montaña enigmática cubierta de garras heridoras —las ramas— y de raíces ofensivas y buenos arbustos blindados de espinas. Nunca olvidaré la amabilidad de los “yanquis”. Manda la faena el administrador; después los vaqueros, capataces y campeeros. Siguen los perros sabios, dueños de una gran alegría, valientes, ladran y muerden demostrándose tan amigos de la aventura como los hombres. Diríase que nace el más espectacular concierto, armonizado y valorizado por el golpeteo múltiple de cascotes en fuga. Ladrados de perros, gritos tremendos de vaqueros, lanzados de monte en monte, que se desplazan por quebradas o cañones, hasta disolverse lentamente, para empezar de nuevo. Y son gritos característicos: órdenes que deben cumplirse, pase lo que pase. Oírlos someramente una estrofa escrita en la montaña:

—“Capataz, el guacharaje se va pa’la quebrá e los maquis... ¡Qué le pasa capataz... Esos piones di a pie andan pajarian-do capataz, córrales pencia, capa-

taz! Manuel Jiménez que eche l’hacienda por camino e los litres, capataz... Que se junten en el desplazo e los arrayanes. ¡Pa’onde va e animal de Jacinto, que no sirve ni pa’ cuero! ¡Las túdigas te voy a sacar si se malogra, animal! Yo le enseñaré a cerrar la boca... ”

Son famosos los gritos de los vaqueros. Cuando andan en “gusto” gritan desde el local de la fiesta, “a lo vaquero”, y dicen que algunos han logrado la mejor chicuela por su gracia para gritar en los rodeos. Y esas voces se repiten de campero a campero, de peón a peón.

No es fácil obligar a los animales a bajar de los cerros: ellos son dueños de la montaña. Allí han tenido sus idilios y se han multiplicado; conocen prolijamente todos los detalles de su “país”, ya que allí se han criado.

Y cuando los campesinos suben a buscarlos, entablan con ellos audaces luchas, capaces de emocionar —iba a decir “acorbardar”— al más frío. Ya he dicho que los animales conocen la montaña; se confunden con el alma de los senderos y pueden, por ende, desenvolverse su fuga con pasmosa rapidez. Se ve, por ejemplo, a un buey precipitarse a un abismo; pero, en realidad, el animal ha saltado, sabiendo que puede hacerlo; logra detenerse al borde de los acantilados, y sortear las curvas con rapidez extraordinaria.

Y es en este aspecto de la faena donde está lo admirable de esta epopeya de la virilidad. El campesino sigue a caballo a los vacunos que corren, saltan, suben o bajan vertiginosamente, seguidos de los perros, cuya misión consiste en atajarlos. El caballo está preparado para dominar los cerros; no conoce, igual que las reses, la montaña; mas sabe que puede seguir a los vacunos. Y lo hace practicando sus mismos movimientos. Así es como se realizan esas persecuciones que parecen subvertir las leyes del equilibrio. Todo es allí inverosímil. Los saltos de las reses dejan la sensación del suicidio frustrado; sus carreras hacen y deshacen curvas; la seguridad de los jinetes amalgama la voluntad y la decisión; es una sola personalidad con dos inteligencias: las del hombre y la bestia, y se lanzan en esas suertes al margen de la tragedia, sin importarle un arde el peligro, siempre, en este caso, mortal.

Así van conduciendo, después de mil incidentes y accidentes, a los piños inquietos y bravíos, hasta el bajo. Manchan los animales el césped con sus siluetas móviles, apagan la luz de los prados con los dibujos de sus pieles, con el brillo de sus cornamentas agudas, armas que matan. Mientras se desplazan por los senderos, la faena no encarna demasiado peligro, tampoco en los caminos; pero ya en campo abierto



empieza otro aspecto de la faena heroica. Los guasos, montados en caballos "mestros", deben dominar la inquietud resuelta en intentos de fuga, cimentada sobre la bravura del guacharaje, para conseguir conducirlo hasta el corazón de la hacienda donde se encuentra la medialuna en que se desarrollará la tercera jornada del Rodeo. Los animales montaraces se vuelven contra sus arreadores o huyen a campo abierto saltando las picras. Siguenlos los jinetes, ejecutando las más estupendas suertes de lazo. También trabajan tenazmente los perros, que para detener a las reses cuelgánselos de los hocicos, determinando mugidos de dolor y furia inmensos.

Como un torrente asolador que bajara envolviéndolo todo llega el ganado al sitio de la última brega. Antes de conducir las reses a la medialuna, el circo máximo de los jinetes chilenos, el ga-

nado se conduce a la "enfriadera", a fin de que se reponga un poco, y después a las verdaderas —para el público que no conoce las faenas de la montaña, pruebas del clásico Rodeo por el que vive y muere el campesino.

Allí se reúnen con sus caballos de pequeña alzada, pero de corazón enorme. Caballitos capaces de revolverse en un metro de terreno, entienden la voz del amo y saben ejecutar los más rápidos giros: se identifican en tal forma con las reses que persiguen, que reproducen todos sus movimientos, por arbitrarios que sean, hasta conducirlos al sitio donde deben quedar.

Caballitos insignificantes, de una resistencia admirable y una vivacidad no superada, han llegado a la demostración de que el caballo autóctono es la joya del campo chileno.

El campo, en el momento del Rodeo, es de una calidad pic-

tórica única, de un movimiento imposible de definir. Lo único que vibra al unísono es el corazón. En esa materia no hay categorías: ¡todos son hombres!

Forma contraste el caballito cerrero con el cuidado animal de los centauros que toman parte en las justas anuales que celebran en todo el país. Un jinete de esa categoría gasta fortunas en la adquisición de sus caballos y arreos; todos poseen el mismo corazón, vistan lo que vistan, monten lo que monten. Y todos, en su escala de valores, son adoradores, creyentes del milagro de las mantas. ¡Mantas y fajas! Llámense chamantos, llámense mantas, tengan altas categorías o no, siempre sus aspectos de belleza. Los chamantos propiamente tales son la creación del talento del campo. Son obras laboradas con dibujos simples y elegantes, tejidas con lanas muy finas y seda natural. Nadie que conozca el campo chileno y su tradición ha olvidado la "Eil'e Maipo" (Isla de Maipo, que no desteña jamás y era tan fina de tejido que parecía un "pañuelo de seda". Y... si se le echaba una "cuarta de chicha" (algo de bastante volumen) conservaba toda sin perder una gota.

¡Las mantas! Los más vivos colores, las ornamentaciones de mayor originalidad, triunfan dentro del conjunto inundado de sol. Bellas mujeres han puesto a contribución su alma, a tejerlas. En sus hebras han engarzado sus anhelos; de melancolía las han traspasado las tonadas y canciones. ¡Diríase que las mantas poseen almas! Ahora, las mantas ebrias de belleza parecen escapularios. Las fajas de seda con suavidad de abrazos rodean las cinturas de los guasos. Los lazos trenzados, obra de artifices, y los sombreros y el gran pañuelo de seda flotante (volado) que adorna el cuello, forman el orgullo del campesino adinerado, y aun el pobre, que no omite sacrificio por presentarse bien; y las espuelas de plata tintineantes, cristalinatas, hermanas del ritmo, del regato de las cumbres, cantando entre las guijas montañesas...

Se colma el local del Rodeo. Rebasan el ambiente hormigueante los gritos de los vaqueros; los mugidos temerosos del ganado y el inquieto ladrar de los perros, para ellos, en fiesta.

El hacendado y sus relaciones, entre ellas las más delicadas mujeres, ocupan los sitios de honor. Entre los mirones hay muchos corazones femeninos que marcan o dirigen las trayectorias de muchas vidas, que se arrojan a la

pista como versos de romance... Y los ojos de los hombres tratando de penetrar el alma del "eterno femenino, tragedia y luz. Es una gesta en que el eterno femenino hace y deshace la voz de la armonía.

Se da la señal. Dos jinetes aparecen en la medialuna persiguiendo a una res que no puede, en principio, aprovechar sus fuerzas y las armas de sus astas agudas y fuertes. Se ve perseguida, no puede huir a la montaña ni defenderse de esos desconocidos. Se desespera, resopla, teme, lanza mugidos y está dispuesta a todo por libertarse. Está en una pista geométrica, la persiguen dos jinetes magníficos que, a veces, suelen caer... Pero en este caso le es imposible desviarse. Uno de los corredores se le ha adherido como una ventosa a las paletas, mientras el otro jinete corre a la retaguardia para impedirle todo retroceso. El animal marcha empujado por dos voluntades que le son extrañas. La carrera alcanza hasta la sombra de la bandera; a esa altura, el jinete del lado clava al cachudo, obligándolo a volverse. El que ha venido se coloca entonces a las paletas, el otro atrás para producir una nueva corrida, deshaciendo el camino. Luego de una tercera corrida, el animal es conducido a la puerta que da al corral de la aparta.

Sigue así la faena de agilidad y color. Todos los jinetes hacen lo imposible por lucirse, y muchos lo consiguen. A veces, el animal demasiado "caita" logra escapar a la persecución y se vuelve con sus astas enarboladas contra sus perseguidores. Es éste el instante que aprovechan los guasos, distribuidos en el lugar de la brega, para lucir sus dotes de enlazadores. A veces, algún jinete cae y es herido por los cuernos terribles. En esta circunstancia, los pintorescos gritos que desgranaban como una cosecha de optimismo son quebrados en su placer por esa nota trágica. Pero no importa. La vida del jinete es tal como un "dado", tirado siempre contra la suerte. Y luego, el axioma del roto dice: "Pa' morir hemos nacido..."

Siempre los gritos a ¡A guacho, a guacho! ¡A guacho fiero! ¡Ah, ah, ah! Y los ladridos de los perros, la algarabía del público, las miradas de las mujeres, serán para el guaso la mejor canción. El torbellino de la carrera con todas sus posibilidades trágicas, en que luce sus arrees y su valor, son sus galardones más altos. Sus arrees que brillan y dan notas



musicales son más que un anhelo, son como una transfiguración. ¡Qué música tan armoniosa vibra en la voz que lo proclama "el mejor pión de acaallo..."

Terminada la faena del Rodeo, se inicia la topeadura, que también tiene esguinces de tragedia. Luce con categoría propia, sin necesidad de ser, como en este caso, detalle de otra fiesta. Pues a la sombra de la gesta del Rodeo, la topeadura es algo íntimo, sensación que podría llamarse anímica...

El campo del Rodeo está siempre cercano a "las Casas" del patrón, y también próximo a algún sitio de sombra, a cuyo amparo han reinado las guitarras durante la brega. Ya terminada la faena en todos sus aspectos, la alegría criolla cobra animación verdadera: triunfan las tonadas y las cuecas. Cantan las cuecas y las espuelas. El baile es música. Surgen los "relances" y las galanterías de los "templados". Corren la cordialidad peligrosa del vino y los comentarios de las faenas. A veces las palabras se enredan en las zarzas de los viejos rencores, y dan paso a los pugilatos. Otras veces, las acciones violentas son provocadas por los celos. El ser humano en libertad, dueño de sus instintos, arroja la vida a cualquier albur, como quien se des-

poja de la manta; entonces, la elocuencia de la penca con alma de plomo o del corvo suele suplir la medida de las palabras...

Y cuando llegan las primeras estrellas y los mugidos son más leves, la mayoría de los actores de la fiesta descansan y sueñan con rodeos inmensos, que no terminan jamás... Ven el guacharaje indómito y... naturalmente, en otro aspecto nacen y crecen algunas veces los noviazgos y las equivocaciones de las muchachas que han sabido conocer la mentira de las palabras adobadas con el alcohol, asesino de ensueños y de humanidad.

Alguna compensación vendimia el que ha logrado consagrarse como héroe de la jornada; le rodean los amigos, lo admiran las mujeres y el sonríe... Los últimos cantos y lisonjas son para él. No falta algún bebedor retrasado que romance porque está de "prete". A veces, la voz de la montaña le recuerda las primeras coplas que oyó cuando sus amigos o los mayores de la montaña cantaban la vieja copla que él naturalmente conoce:

*¡Agua, mamá  
caldo, vino,  
por una Niña bonita  
dij'una yunt'e novillos...*

A. A. H.